

Echando la vista atrás

Como les he dicho miles de veces a mis nietos, yo con 16 años podía dormir un día entero, ahora con 87 la cosa ya ha cambiado. El reloj digital de la mesilla marca las 9, aunque no recuerdo si le llegué a pedir a alguno que adelantara la hora el pasado 26 de marzo. Yo nunca entendí, y dudo que entienda, este despertador. Su despertador. Miro a su lado y como desde hace años, su presencia sigue faltando.

Abro la ventana y observo las banderas atadas en la copa del mayo, así como el retrato de Ramón y Cajal situado en medio de la plaza. Mi pequeño pueblo de las Cinco Villas, casi tan vacío como yo desde que te fuiste. Observo la plaza y a pesar de que mi memoria ya no es la que era, me acuerdo como si fuera ayer de uno de los días más felices de mi vida: tú y yo en plenas fiestas de agostos subiendo la calle Mayor hasta la plaza mientras bailábamos el Danubio azul y algún que otro vecino nos miraba intrigado. Puedo recordar de arriba abajo el vestido que yo llevaba y el cual me había hecho yo con mis propias manos. Puedo recordar nuestro primer baile juntos y tu mirada infinita.

Puedo recordar tantas cosas tuyas que a veces me sorprende la manera en que la cabeza se queda con todo lo bonito, con todo lo que nos hizo sonreír, con todo aquello que igual no es útil en nuestro día a día, pero consigue que todo lo malo se aparte por un momento.

Mi mente sigue divagando por el pasado, cuando estas calles estaban llenas de vida, cuando teníamos de todo y si salíamos de aquí era para ir al Teatro Principal a la capital. Sigo acordándome de cuando esperabas a que todo estuviera preparado para llegar y comer. De cuando desde abajo gritabas mi nombre con el que tú me bautizaste y con el que yo más feliz contestaba. Amante.

Todos estos recuerdos se ven interrumpidos por varios coches que paran en la puerta. De repente, la casa se llena de comida, de primos riéndose, de cuñados comparando vinos, de manos en la cocina, de alegría. Nuestra casa se llena de conversaciones de fútbol, de ese fútbol del que estarías más que orgulloso de ver, de tus chicos que disfrutaban como niños viéndolo, de tus nietos unidos y de goles con dedicatoria especial. Todo esto pasa un domingo cualquiera y aunque dure unas horas, ocupa meses y sobre todo, llena el vacío de tu ausencia.

Susana Pérez Morláns

La memoria a veces falla, sin embargo, otras veces permite contar y dejar escribir historias como esta.